

tenían que encenderlas y dejarlas caer. Un casco de esas granadas hirió á Pacheco en una pantorrilla, y sin embargo de ello, y de que perdía muchos hombres de su columna, avanzó hasta la trinchera. Arrojadlos allí los sacos de paja que traían muchos de los soldados, con objeto de franquear los fosos, pudo pasar Pacheco uno de los primeros, y allí también fué herido en una mano. Siguió, sin embargo, hasta la esquina de la plaza; y allí, un tiro de metralla, disparado del atrio de Catedral, puso fuera de combate á algunos soldados de su columna y á él le rompió el muslo izquierdo. En esos momentos, uno de sus soldados le tomó en brazos para pasarlo á un lugar menos enfilado por los fuegos del enemigo, y otro golpe de metralla le rompió el brazo derecho, y los dos al soldado que lo conducía. Era felizmente el instante en que concurrían á la plaza otras columnas asaltantes: la que mandaba el coronel D. Luis Mier y Terán y la que era á las órdenes del teniente coronel don Juan de la Luz Enríquez, llegando sucesivamente todas las demás.»

A la vez que esas columnas hacían su entrada triunfal á la plaza de armas de la ciudad de Puebla, al veloz correr de su caballo y acompañado de numeroso estado mayor, lo hacía por la calle de Cholula el general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente, aquel que, prófugo de dicha ciudad, oculto se descolgaba de los muros de su prisión, el convento de la Compañía, la noche memorable del 20 de Septiembre de 1865, y luego salía de la población, escoltado por dos hombres, para ir á formar, sin más recursos que los que le sugiriera su esfuerzo heroico, el *cuerpo de ejército* que estaba vencedor en aquellos instantes en la plaza, y que al verle lo saludaba entusiasmado con dianas y con fuegos de salva.

Ese triunfo, por lo genial de su concepción, por lo atrevido en el modo valeroso de realizarla, por su trascendencia en los destinos de la guerra que se sostenía, como hemos dicho alguna otra vez, *tiene que verse en los mirajes de la Historia, como el vívido núcleo del grupo luminoso de victoriosos hechos de armas que se efectuaron primero en Miahuatlán y La Carbonera, y después del 2 de Abril, en San Lorenzo y la capital de la República.*

La medida de esa victoria la da la proclama que inspiró al que la conquistaba, en los instantes que acababa de consumarse; cuando no se desvanecían en la atmósfera las humaredas del fuego de la lucha, y se miraban en el pavimento los muertos y heridos sobre el rojo manto de su propia sangre, y cuando los fuertes de Guadalupe y Loreto dejaban entender que se requerían nuevos esfuerzos al hacer tronar sus cañones sobre los héroes vencedores.

Dice así esa proclama:

«El general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente á sus subordinados vencedores en Puebla.

»Compañeros de armas: Quiero ser el primero en pagar tributo á vuestro heroísmo. La nación toda y la posteridad vendrán después á perpetuar vuestra gloria.

»Habéis escrito otra fecha memorable en la ciudad donde Zaragoza eternizó su nombre el 5 de Mayo. El 2 de Abril de 1867 se registrará desde hoy en el calendario de las glorias nacionales.

»Mucho esperaba de vosotros: os he visto acudir sin armas al llamamiento de la patria, para armaros en Miahuatlán y en La Carbonera, en Jalapa y en Oaxaca, con los fusiles quitados al enemigo. Habéis combatido desnudos y hambrientos, dejando á la espalda un rastro de gloria; y sin embargo, vuestras hazañas en Puebla han ido más allá de mi esperanza.

»Una plaza, no sin razón denominada invicta, y que los primeros soldados del mundo no pudieron tomar por asalto, ha cedido á un solo empuje de vuestro brío. La guarnición toda y el inmenso material de guerra acopiado por el enemigo, son el trofeo de vuestra victoria.

El general Díaz, entrando á la plaza de Puebla el 2 de Abril de 1867,  
es saludado por sus tropas victoriosas.



«Soldados, merecéis bien de la patria. La lucha que la desgarró no puede ya prolongarse. Acabáis de dar la muestra de vuestro valor irresistible. ¿Quién osará medirse con los vencedores de Puebla? La independencia y las instituciones republicanas no vacilarán ya; está seguro de no ser conquistado ni oprimido el país que tiene hijos como vosotros.

«Intrépidos en el combate y sobrios en el uso de la victoria, habéis conquistado la admiración de esta ciudad por vuestro denuedo y su gratitud por vuestra disciplina.

«¿Qué general no tendría orgullo en hallarse á vuestra cabeza? Mientras cuente con vosotros, se reputará invencible vuestro amigo: *Porfirio Díaz*.»

Esa arenga del general vencedor es su alma convertida en llama, para alumbrar la apoteosis del cuerpo de ejército de Oriente...

El parte rendido al Gobierno sobre el relacionado hecho de armas, que fué después debidamente ampliado, es así:

«Ejército republicano.—Línea de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Acabamos de tomar por asalto la plaza, el Carmen y demás puntos fortificados que el enemigo tenía en esta ciudad, quitándole un numeroso tren de artillería y un depósito abundante de parque. Don Mariano Trujeque, D. Febronio Quijano y otros veinte jefes y oficiales traidores fueron hechos prisioneros y fusilados con arreglo á la ley.

«Una parte de la guarnición enemiga se ha refugiado en los fuertes de los cerros de Guadalupe y Loreto, en espera del auxilio que trae D. Leonardo Márquez; y éste, según los informes de mis exploradores, pernoctó ayer en San Nicolás con una división de tres ó cuatro mil hombres y veinte piezas de artillería. Aun no puedo decir á usted las operaciones que me propongo ejecutar, pero sí me creo en aptitud de asegurarle que los fuertes sucumbirán y que Márquez será batido, si no regresa luego que sepa el revés que sufrieron sus cómplices. En uno ú otro caso, muy pronto estaré sobre el valle, para acudir en auxilio del ejército del Norte ó emprender operaciones sobre México, según mejor convenga.

«Sírvasse usted poner lo expuesto en el conocimiento del ciudadano Presidente de la República, reiterándole las seguridades de mi respeto.

«Independencia y República.—Puebla de Zaragoza, 2 de Abril de 1867.—*Porfirio Díaz*.—Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.»

Ese parte es un programa de nuevos triunfos que pronto se efectuaron.

Por lo demás, el general Díaz, pasado el ardor de la refriega de ese 2 de Abril de 1867, escrito con la punta de su espada en el cielo de nuestra historia, se mostró en extremo magnánimo con los vencidos, en representación de la grandeza y majestad de la República triunfante.

El trofeo de la victoria, el botín precioso para tropas que de todo carecían, consistió en sesenta cañones montados y ciento treinta sin montaje y en depósito; trenes, bagajes, seis mil fusiles, quitados de brazos de los vencidos y recogidos de los cuarteles; centenares de millares de cartuchos, una fábrica de pólvora, y almacenes de vestuario y equipo.

Finalizó el 2 de Abril de 1867; pasó en el curso de los tiempos, pero brillante quedó grabado en nuestros anales militares, unido al nombre glorioso de Porfirio Díaz, que dió el tono heroico é hizo inmortal á semejante fecha.